

magrez sutilidad, proporción, acento de las vocales y de las consonantes.

De la Gramática

La congruidad y rectitud de hablar es el sujeto en la Gramática; el fin es el hablar, el pronunciar y el escribir congrua y rectamente. Sus principios son: la letra, sílaba, dicción, oración, y los ocho puntos de la oración, ó la concordancia del sustantivo y adjetivo, del supuesto, del opuesto ó añadido, del relativo, del antecedente y del modo de significar.

De la Lógica

En la Lógica es el sujeto los argumentos ó la razón y significación argumentativa; el fin es que argumentado se puedan hallar y conocer lo verdadero y lo falso, y distinguir lo uno y lo otro. Los principios son: el término, proporción, etc.

De la Retórica

La ordenanza y hermosura de las palabras es el sujeto en la Retórica, el fin, el mover la voluntad del oyente al fin deseado por las palabras pulidas, hermosas y adornadas. Los principios son: forma, materia y fin; las partes son cinco: intención, disposición, locución, memoria y pronunciación.

Y teniendo la ciencia general principios, cuestiones y reglas generales para todas artes y ciencias, y para cualquier particular contenido en ellas, y para la unidad del arte ó de la ciencia, se revelan y manifiestan aquéllos en el arte general, siguiendo su progreso, como el particular en su universal, inquiriendo la *bondad, grandeza*, etc., ó investigando de él por el *si es? qué es?* etc; y por eso el arte general es el espejo del entendimiento, en el cual resplandecen y se manifiestan las verdades de todo lo que es sabible. El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la práctica, la operación.

Del Árbol de los Ejemplos

(De la *Ars Magna*)

De los proverbios del ramo imaginal

Cuéntase que la vista y el gusto se encontraron recíprocamente en la imaginación, y que el gusto dijo á la vista que veía mal la casa hermosa. «Y cómo fué eso, Raimundo, dijo el monje?—Cuéntase, dijo Raimundo, que hubo cierto mercader que era muy rico, el cual cuando estuvo á la muerte dijo á su hijo que si quería fabricar casas, que no las hiciera con puertas vistosas, para que la hermosura de la puerta no descubriese y manifestase sus riquezas. Murióse el mercader y su hijo no le entendió, y las casas en que habitaba tenían las puertas muy feas y sucias, pero ellas eran dentro muy lindas; el hijo imaginaba unas hermosas puertas y grandes que poner en las casas donde vivía; y habiendo hecho las puertas vió que no eran proporcionadas con las casas y que éstas eran muy pequeñas, y entonces deshizo aquellas casas y las fabricó mayores y más hermosas, y proporcionadas á las puertas en hermosura y cantidad, que le costaron la mitad de todos sus bienes y le apartaron del arte de la mercadería; porque imaginaba que señor de casas tan hermosas debía ser soldado, tener caballo, halcón y gran compañía, para

que las salas no estuviesen vacías ni desocupadas, y así, hizo grandes gastos. Sucedió, pues, que cierto día pasó el Rey por la calle donde estaban estas casas, y viendo la hermosura de las puertas quiso entrar en las casas, y cuando estuvo delante de ellas, su hermosura y abundancia le hicieron imaginar algún tesoro, y pensó que aquel mercader tenía muchos ducados. Y entonces dijo al mercader que le rogaba que le prestase mil ducados, los cuales le convino prestar mal de su grado; y por los grandes gastos que hacía y lo que había prestado, poco tiempo después no tuvo que comer. Por eso dijo el gusto á los ojos, que viven por el comer, que vieron mal la hermosura de las casas. Y entonces los ojos dijeron al gusto que vió mal á la avaricia: «Y cómo fué esto? dijo el monje.

—Cuéntase, dijo Raimundo, que había cierto príncipe que era muy avaro, y que cotidianamente imaginaba muchos sacos de oro y plata, sortijas, piedras preciosas y vestidos de seda, adornados de oro y plata. Y por la gran imaginación que tenía en acumular aquellas cosas, sucedió que un rey tuvo guerra con él; y aquel príncipe, por la gran avaricia que tuvo, y la imaginación antigua que tenía de juntar y acumular gran tesoro, no pudo imaginar el daño que aquel rey le causó ó que le podía causar, ni tenía soldados que defendiesen la ciudad en que estaba. Y así vino el Rey y ocupó la ciudad, prendió al Príncipe y tomó su tesoro. Y el Rey le dijo que con aquel tesoro pudo restaurar la ciudad, é hizo fundir oro y que se pudiese en la boca del Príncipe, y le dijo que bebiese el oro, pues lo había amado tanto, de que murió el Príncipe y cuando moría, dijeron los ojos al gusto que había visto mal á la avaricia.»

De los ejemplos de la acción y pasión del árbol imaginal

Cuéntese que cierto hombre pecador (que permaneció mucho tiempo en el pecado mortal) fué á cazar y cogió con presteza una liebre y entonces imaginó la pasión que llevó aquella liebre en la muerte, porque oía que aquella liebre se quejaba mucho, y el lebrell rompió sus huesos, de manera que la liebre no pudo defenderse; y por aquella imaginación que tuvo de la pasión de la liebre, imaginó la pasión que tenían los pecadores en el infierno y la acción que tienen los demonios sobre ellos, haciéndoles mal; y entonces tuvo voluntad de salir de aquel pecado mortal en que estuvo mucho tiempo, y cuando lo quiso poner en ejecución, imaginó que la misericordia de Dios era grande y propuso que en la muerte se confesaría y saldría de aquel pecado; y así, se quedó en él, pero continuamente le recordaba su conciencia con la imaginación que tuvo de la liebre y como la conciencia le causaba gran trabajo, quería dejar el pecado; y cuando quería ir á la confesión, se recordaba de la gran misericordia de Dios, y quedaba tan obstinado como lo solía estar, por lo cual aquel hombre se propuso que de una vez eligiese una de las dos partes, porque no podía sufrir el trabajo en que estaba; y propuso ó que no imaginase las penas del infierno que tienen los pecadores, ó que no tuviese esperanza en la misericordia de Dios; y fuese entonces á un religioso discreto, al cual pidió consejo y le contó el trabajo en que estaba. Y le dijo el sabio religioso que subiese á una torre muy alta, y que estuviese algún tiempo arriba sobre la muralla en un pie. Y el hombre pecador subió á la torre y quiso hacer lo que aquel sabio le aconsejó; pero por la imaginación, que imaginaba el peligro de la muerte, no se atrevió á hacer lo que el sabio le

había aconsejado. Y entonces el sabio le dijo estas palabras, y preguntó cuál era mayor peligro, ó caer de arriba de la torre á tierra, ó caer de esta vida en el infierno. Y entonces el pecador multiplicó tan frecuentemente la imaginación, imaginando las penas del infierno, que por el temor que tuvo de las pasiones de él se confesó y esperó en la misericordia de Dios, y salió del pecado en que estaba, procurando la satisfacción y haciendo vida santa con la gracia de Dios.

De los ejemplos del fruto del árbol imaginal

Cuéntase que el tiempo pasado y el tiempo futuro batallaban sobre la imaginación, porque cada uno de ellos decía que era suya. El tiempo pasado alegó que la imaginación era suya, porque imaginaba las cosas pasadas y el tiempo futuro decía que era suya la imaginación, porque imaginaba las cosas venideras. Mientras así porfiaban recíprocamente, dijo el tiempo futuro que eligiesen un juez que apaciguase y decidiese aquella porfía, y dijo que fuese juez el tiempo presente, que residía en medio de ambos á dos. Y el tiempo pasado dijo que era verdad que el tiempo presente estaba en medio de ambos á dos, pero no su voluntad, por cuanto amaba más las cosas venideras que las pasadas; y dijo que tenía por bien fuese juez el entendimiento, que está y reside en medio, en cuanto entiende lo pasado y lo venidero. Pero el tiempo futuro dijo que no era juez competente, porque tenía mayor proporción y concordancia con la imaginación en las cosas pasadas que en las venideras, y entonces, no pudiendo convenirse ni hallar juez común, volvieron á reñir mutuamente. Y por cuanto la imaginación amaba ser más del tiempo pasado que del futuro, por respecto de la memoria, que intercedió con ella, fué vencido el tiempo futuro por el tiempo pasado, el cual dijo al tiempo presente que hacía mal en no ayudarle pues le amaba cuanto podía.

De los proverbios del tronco humanal

La voluntad dijo á los ojos y les preguntó por qué causa miraban de más buena gana las mujeres hermosas que las feas. «Y tú, voluntad, dijeron los ojos, no siendo la mujer hermosa ni la fea de tu naturaleza, ¿por qué amas más las mujeres hermosas que las feas?»

Dijo el entendimiento á los oídos y preguntóles. «¿Por qué tenéis placer de oír las vanidades?—Y tú, entendimiento, dijeron los oídos, ¿por qué no reprehendes á los hombres que las dicen?»

Dijo la memoria á la nariz: «¿Por qué tienes placer de oler la rosa?—Y tú, memoria, dijo la nariz, ¿por qué memoras la lujuria por la rosa?»

Dijo la voluntad á la boca: «¿Por qué comes demasiadamente?—Y tú, voluntad, dijo la boca, ¿por qué no me cierras?»

Dijo la voluntad á la carne: «Cuando la mujer te toca, ¿por qué te inflamas?—Y tú, voluntad, dijo la carne, ¿por qué no amas la castidad?»

Dijo el entendimiento á la boca: «¿Por qué mientes?—Y tú, entendimiento, dijo la boca, ¿por qué no me aconsejas?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Por qué duermes tanto?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando yo velo, ¿por qué estás ociosa?»

Dijo el alma al cuerpo: «Cuando tienes frío, ¿por qué tiemblas?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando pecas, ¿por qué no tienes conciencia?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Por qué estás enfermo?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, ¿por qué no amas la templanza?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Para qué mueres? —Y tú, alma, dijo el cuerpo, ¿para qué te apartas de mí?»

Prueba de la existencia de Dios

(Del *Libre de coneixença de Deu*)

Máxima I

Lo que está más lejos del no ser, es el ser.—Si Dios es lo que está más lejos del no ser, es: como sea que consideramos á Dios ser infinito y eterno, y que es infinitamente eterno, bueno, grande, poderoso, sabio, amoroso, virtuoso, verdadero y glorioso, y que en sí mismo tiene su fin y su cumplimiento, y que de nada necesita si no es de su esencia. Y este Dios así constituido si es, es el ser que está del no ser más lejos que ningún otro ser: como sea que El no participa del no ser. Y si no es, todo ser participa del no ser, como el cielo, que es terminado, y fuera de él nada tiene, y en todo lo que contiene hay muchas imperfecciones, que tienen dependencia é inclinación al no ser; como el hombre, que es mortal y su alma que ignora, dá vida y ama al pecado: y así de las otras cosas: Síguese, por tanto, si Dios nada es, que lo que está más lejos del no ser, no es, lo cual imposible, como ser que el ser y el no ser son contrarios. Está, pues, probado que Dios es.

Máxima II

Si lo que no es poder, sabiduría y voluntad, es, mucho mejor lo que es poder, sabiduría y voluntad, es.—Como sea que es, si en un ente hay poder, sabiduría y voluntad, su ser es perfecto; porque todo lo que puede querer, puede, por poder tener, y asimismo por saber, y si tal ente no es, en aquel ente que no es poder, sabiduría y voluntad hay mayor privación y defecto de poder, sabiduría y voluntad que de ser y perfección. Conclúyese, por tanto, si Dios no es, que en todo ente en que haya poder, sabiduría y voluntad, está su privación y defecto en sumidad, y su ser y perfección en infinidad. Es, pues, más aquel ente por no ser que por ser, y por falta que por cumplimiento; y hay en él más pequeñez, maldad, flojedad, vicio y pena en cuanto él no es poder, sabiduría y voluntad, que bondad, grandeza, poder, virtud, verdad y gloria hay en él por el poder, sabiduría y voluntad que tiene.

De dónde, como sea imposible que privación y defecto de poder, sabiduría y voluntad sean soberanos y su ser y su cumplimiento sean inferiores, conclúyese de necesidad que Dios es, como sea que es, y cumplimiento se convengan; y privación y defecto se convierten en el ser de tal poder, sabiduría y voluntad, Dios es las tres cosas, y las tres cosas son Dios.

Máxima III

Ningún poder que sea finito por su esencia puede ser infinito por otra esencia.—Eternidad es ente infinito por duración, y puede ser ente infinito por poder, sin el cual no podía ser infinito. De dónde si Dios no es, solo la eternidad del mundo es infinita en duración por su esencia, y puede ser infinita accidentalmente por poder, con el cual no es una esencia; pues si poder y eternidad fuesen una misma cosa, sería el poder infinito por su esencia en pesificar externamente, así como la eternidad en durar. De donde como el poder del mundo sea finito

y terminado por su esencia; en cuanto no está fuera del cielo antes bien está concluido en el mismo, no pueda ser causa de eternidad, de modo que pueda ser infinita en duración, porque de esencia finita no puede salir influencia infinita; y si lo fuese, la proporción que hemos dicho sería destruida; y este destrucción es imposible. No puede, pues, el mundo ser eterno, ni puede haber tenido comienzo de sí mismo, porque si pudiese comenzar por sí mismo, fuera antes que fuese, lo cual es contradictorio.

Hay, pues otro ente eterno que ha dado comienzo al mundo, en quien poder y eternidad, bondad, grandeza y las otras dignidades son una misma cosa, y á este ente llamamos Dios, cuyo ser adoramos y bendecimos.

Máxima IV

Si existe un soberano bien no existe un soberano mal.—Eternidad existe, y si eternidad existe, bondad y eternidad: soberano bien; y si eternidad no existe, bondad es soberano mal no siendo bondad, de donde se sigue que existe mal, y no soberano bien. Y puesto que mal y no ser, y bien y ser se convienen, conclúyese de necesidad que existe soberano bien y no soberano mal. Soberano bien no puede existir si que eternidad sea bondad, y bondad eternidad y que eternidad sea asimismo bondad infinita, esto es, infinita duración por sí misma. Esto no puede darse en sujeto alguno, sino en aquel que buscamos, esto es, Dios, en el cual bondad y eternidad son una misma cosa.

Máxima V

Si Dios no es, todo cuanto es puede convertirse en no ser.—Eternidad es, y si Dios no es, eternidad no es poder, ni poder es eternidad. Esto mismo se sigue de bondad, grandeza, sabiduría y demás, de donde se sigue que eternidad no puede ser por sí misma, ni poder puede durar por sí mismo; y en tal defecto de poder hay más imperfección que ser, y mal que bien y pequeño que grande. y poca y mala duración que grande y buena, y así de los otros contrarios. Puede, pues, todo cuanto es, nada ser. Está pues, manifestado y probado que Dios es y que le es imposible no ser, y por El todo cuanto se puede ser sustentado en ser, como sea que ente infinito puede sustentar y gobernar ente finito.

§. Hemos probado pues que Dios es, y por el necesario conocimiento que de El tenemos, estamos mejor dispuestos á amarle y servirle que si aquel necesario conocimiento no tuviésemos.

Del ardimiento y de la cobardía

(Del *Félix de les Meravelles*)

El ardimiento y la cobardía, dijo el ermitaño, son contrarios; y el valor contrasta á la cobardía con el aire, y la cobardía al valor con la tierra. Maravillóse, Félix, de lo que el ermitaño decía, por lo que éste prosiguió diciendo:

El ardimiento se forma de la sangre, que es húmeda y cálida, esparciéndola el corazón en abundancia por todos los miembros, con la cual se fortalecen ellos y los espíritus, y de esto se engendra y origina el valor, el cual falta cuando es vencido por sus contrarios, que son la sequedad y frialdad, las que restiñen la sangre, y la hacen retroceder de los miembros al corazón, por cuya retrocesión y separación

queda el cuerpo sin espíritus, y sin valor ni ardimiento.

Amado hijo, por la virtud de la fortaleza vive el ardimiento en el ánimo del hombre. Y así como el corazón da fortaleza y valor al cuerpo por medio de la sangre que le comunica, y comunica á los miembros, así esta virtud fortifica las otras virtudes, comunicándose á la fe, caridad, justicia y sabiduría. y éstas la fortifican á ella, comunicándose y mezclándose mutuamente, y así todas juntas dan virtud, fortaleza y valor al hombre, y ahuyentan de él el miedo y la cobardía.

Admiróse Félix de las palabras del ermitaño, y dijo, que él había visto muchos hombres valientes sin fe, esperanza, caridad, justicia, ni sabiduría. A lo que el ermitaño respondió, que estos son valientes por el mucho memorar, entender y amar las cosas, y por la sangre de que abunda en sus miembros, aunque en realidad no es valor verdadero; porque para el valor verdadero, además de la abundancia de la sangre y del mucho memorar, entender y amar las cosas, se requiere el ejercicio de las virtudes.

Has de saber, hijo mío, dijo el ermitaño, que estando un Rey y un Emperador al frente de sus ejércitos para darse la batalla, el Emperador y su ejército concibieron gran valor y esperanza de la victoria por verse mucho mayores en número y en calidad que los del Rey; y el Rey y su ejército concibieron gran miedo al verse tan pocos y tan inferiores en todo, y llegó á supeditarles tanto, que estuvieron para huirse; y lo hubieran ejecutado á no considerar que el Rey tenía justicia en lo que pretendía, y que así era razón defenderla hasta morir, dejándose en las manos de Dios, cuya consideración fortaleció tanto el espíritu del Rey y de sus gentes, que embistieron al Emperador y lo derrotaron; en que conocerás que el más valiente es el que mejor funda su razón ó el que más razón tiene cuando pelea.

Además has de saber, hijo, dijo el ermitaño, que una vez se desafiaron un caballero cristiano y un mahometano, por defender el cristiano que Cristo era Dios y el sarraceno negarlo. Ambos eran fuertes y vigorosos, pero considerando el cristiano que Dios por amor del hombre se había encarnado, y en cuanto hombre muerto, se le aumentaba el valor, y con él la fe, esperanza, caridad, fortaleza y justicia, por lo que venció al mahometano.

Señor, dijo Félix, en una provincia había un marqués y un conde que se hacían la guerra, en la que el marqués era muy inteligente, por lo que tomaba muy bien sus medidas y ordenaba igualmente sus cosas y sus gentes; pero cuando se hallaba en la batalla tenía tan poco valor, que nada ejecutaba de lo que había prometido, lo que causa admiración.

Hijo, dijo el Ermitaño, has de saber, que había un hombre que amaba tanto á su príncipe, que cuando estaba delante de él no le sabía alabar, ejecutándolo con primor cuando estaba ausente, lo que divanaba del gran amor que le tenía, y del respeto que le causaba por ser su príncipe, y como á tal temerle; por lo que el corazón de este hombre influía en él con tal abundancia y precipitación la sangre por todos los miembros para enardecerlos, que perturbaban la memoria y el entendimiento, por cuyo motivo no podían obrar ordenadamente, ni con acierto.

Además, has de saber, hijo, que dos naves de sarracenos atacaron una de cristianos, en cuyo combate el señor de la misma nave que iba en ella se acobardó tanto, que se metió debajo de cubierta, por ser hombre injusto y pecador y tener miedo de morir; y al contrario, un hombre justo y de buena vida que iba en ella, se

defendió y la defendió valerosamente, sin ser señor de la nave ni tener en ella parte, de que admirado el almirante moro, después de rendida, dijo á aquellos dos hombres que si no se volvían sarracenos y abrazaban la secta de Mahoma les haría quitar la vida; á lo que asintió luego el señor de la nave como hombre injusto y pecador, pero el otro nunca quiso consentir y se la dejó quitar antes que abandonar la Religión que profesaba, por lo que murió mártir.

Señor, dijo Félix, mucho me admiró el valor y ardimiento que muestran tener los hombres del mundo por ganar dinero, honras, riquezas y fama, sin temor de medir en los peligros á que se exponen para conseguirlo; pero mucho más de la cobardía que se experimenta en la mayor parte de los hombres religiosos, que no osan morir como deberían por la honra de Dios y por su servicio.

Hijo, dijo el Ermitaño, cuando la memoria memora mucho, y por mucho tiempo una cosa, y el entendimiento lo entiende y la voluntad la ama, sostienen y se exponen los hombres por haberla y conseguirla á mayores peligros y á mayores trabajos que á los que se exponen por conseguir otras, que poco y por poco tiempo memoran, entienden y aman.

Has de saber, hijo, que había un religioso que predicaba la fe de Jesucristo en una ciudad de sarracenos, cuyo príncipe le hizo intimar un decreto en que le mandaba que dejase de predicar y se fuese de aquella ciudad, porque de lo contrario, le haría quitar la vida. A lo que el religioso replicó que estaba más obligado á servir y obedecer al Rey del cielo que al de la tierra, por lo que no quiso salir de la ciudad ni dejar de predicar, estimándose más morir y obedecer á Dios que vivir y desobedecerle.

Señor, dijo Félix, hubo un caballero, que combatió con un escudero en duelo, porque le asistía la razón y justicia, y el escudero combatía solo con el caballero, por una porción de dinero que le habían dado, y habiendo no obstante esto, superado y muerto el escudero al caballero, estoy muy admirado de ello, pues el valor y ardimiento es más propio en el hombre cuando difunde la justicia y la razón que cuando pelea por interés.

Hijo, dijo el Ermitaño, cada uno de estos dos combatientes logró en el combate el premio á que anhelaba, pues el escudero ganó las riquezas y el caballero la gloria, por haber muerto en defensa de la justicia que le asistía; en que consiguió mayor galardón y mayor premio que el escudero en haber ganado la riqueza ó el dinero.

Señor, dijo Félix, mi caballero tenía gran deseo de encontrarse con otro caballero enemigo suyo, pareciéndole, que si reñía con él, le vencería y mataría; y habiéndole encontrado en lugar de embestirle tuvo miedo, y huyó de él, de que me maravillo.

Hijo, dijo el Ermitaño, cuando la vista corporal ve alguna cosa de que puede recibir daño el cuerpo, el corazón se restringe y la sangre se esparce por los miembros, de que dimana el que el hombre queda cobarde, y falto de valor; pero vuelto sobre sí, y pasado aquel primer asombro ó pavor que le causó la vista del peligro, si halla tener razón y justicia en lo que emprende, vuelve el corazón á ensancharse y á recoger la sangre que había esparcido, la que nuevamente y con nuevos espíritus vuelve á repartir por los miembros, y entonces ya el temor del peligro no le acobarda si el valor le falta.

Has de saber, que había dos reyes, el uno muy justo, bueno y amado de sus vasallos, y el otro injusto, malo y aborrecido de los suyos,

los cuales estaban su guerra y habiendo llegado el caso de darse la batalla el justo y bueno la venció; habiendo sido el primero que con anejo y desprecio de la muerte embistió y se metió entre sus enemigos.

También has de saber, que había un hombre que iba por el mundo reprendiendo á los reyes y á los prelados, porque no trataban y disponían la conversión de los infieles, para que Dios fuese más amado y conocido; el cual estando un día delante de un prelado injusto y pecador, que tenía gran compañía y comitiva, quiso reprenderle como á los demás; pero al tiempo de ejecutarlo le faltó el valor y se aco-

bardó, sin poder decir lo que tenía intención, por lo que recurrió á ayudarse con la fortaleza, caridad, justicia y humildad, y para conseguirlo con más fervor se azotó fuertemente con unas correas que llevaba, y así después se halló con fortaleza de espíritu para reprender al prelado, que por cuidarse de su honor, se descuidaba del de Jesucristo; de cuya osadía el prelado se admiró, y le hizo echar de su palacio, habiéndole hecho primero dar de palos por dos criados, lo que admiró á los circunstantes á vista de la poca devoción y menos justicia, paciencia, humildad y caridad del prelado.

Bernat Metje

Bernat Metje (fines de siglo xiv principios del xv) elegante cortesano, humanista de fuste, grande y amenísimo escritor, es también, dígame lo que se quiera, un filósofo de importancia.

Se ha combatido su originalidad. No ha costado mucho encarar con el texto del *Somni* textos de Cicerón, á quien calca, de Boccaccio á quien, en un malicioso fragmento, literalmente imita. Pero ¿hay qué buscar, acaso, en la erudición, en las citas, en la producción de autoridades, la originalidad de un pensador del siglo xiv. O mejor en su intuición fundamental y matriz de los problemas (véase el estudio de Bergson sobre «La intuición filosófica») en la posición de su espíritu frente á ellos, en el acento de su discurso?

La intuición fundamental y matriz, la posición, el acento de Bernat Metje, no son de Cicerón; para encontrar su más inmediato antecedente sería necesario, tal vez, retroceder hasta Sócrates. Pero, aun más que á Sócrates, recuerda este gentilísimo filósofo catalán, y el fragmento que sigue es prueba paladina de ello, á alguien muy cercano á nosotros en la historia del pensamiento universal. Aludimos á Ernesto Renan. ¿Nos atreveremos á decir que este diálogo finísimo sobre la inmortalidad del alma, es algo asombroso, *espantosamente* renaniano? Notad, sin embargo, en los dos términos de la comparación una misma complacencia en el equívoco, idéntica mezcla turbadora de piedad y de ironía y el ágil moverse en la forma del diálogo, presentando sucesivamente el pró y el contra, con análogo gusto por los dos, y dejando finalmente, sino una vocación á «vivir» la identidad de los contrarios, una impresión de semi-creencia, de adhesión á medias, de juego lógico, de eso tan griego y tan moderno á la vez.

Aparte de su posición y acento general, el principal interés filosófico del diálogo que se continúa, se cifra en los siguientes puntos: 1.º En las primeras líneas, la *incertidumbre de lo que no se ve*, remachada por lo que inmediatamente sigue, ¿es de color materialista, ó escéptico, ó agnóstico, ó pragmatista? El empleo del verbo *usar* puede dar mucho que pensar, en este último sentido. Téngase presente que, más adelante, vuelve la palabra á aparecer, y para disuadirle de la tristeza, dice el Rey aparecido á su cortesano: «no llores, que de remedio inútil usarías». Este es un matiz delicado y no se puede insistir sobre él. —2.º La definición meramente *funcional* del espíritu, que se da un poco más adelante, («Según la diversidad de oficios, muy diversamente el alma es nombrada. Vivificando el cuerpo es llamada alma; queriendo, voluntad, etc.») definición tan elocuente por lo que dice (que presupone, implícita, la idea, tan moderna, de la plenitud constante del espíritu) como por lo que calla (la división en potencias, tiránicamente en vigor en el tiempo). —3.º La separación de la realidad dos mundos, mundo del espíritu y mundo de la cantidad, atisbo de cartesianismo *avant la lettre* de la más alta importancia. —4.º La cuestión criteriológica sobre la autoridad, que

recorre subterráneamente toda la parte del texto, en que se producen autoridades. Bastan la presentación de estos cuatro puntos, en un fragmento tan corto y la manera equívoca, pero de honda coherencia, como nos aparecen tratados, para darnos la talla de un pensador.

De la inmortalidad del alma

(Del «Somni»)

—Bien sabes tú que los humanos creen muchas cosas que no pueden ver.

—Cierto es. Mas no tengo por hombres de juicio á los que usan de ellas. Lo que veo, creo y no curo de lo demás.

—Dime,—respondióme él.—Antes de venir al mundo, ¿qué eras?

—Lo que seré luego de muerto, dije yo.

—Y ¿qué serás?

—Nada.

—¿Así es que, antes de ser engendrado no eras nada?

—Tal creo, dije yo.

—¿Y por qué crees eso?

—Por razón de que veo cada día que mujer por ayuntamiento con hombre se hace preñada, y antes no lo era. Y luego paren alguna criatura, la cual del no ser viene al ser.

—Justo. Pero,—dijo él,—lo que has visto en otros, no lo viste en ti mismo. Dime, empero, si lo recuerdas, ¿qué eras antes de ser engendrado?

—A mí,—dije yo,—nada se me acuerda ni estoy seguro de que cosa fuese, porque no lo vi. Pero creo que nada era. Que hombre soy como los demás y he de seguir sus huellas.

—¿De modo,—dijo él.—que eres algo que no has visto?

—Verdad es, Señor, que algunas cosas creo que no he visto. Otorguelo y no puedo volverme atrás; y, á la verdad, mientras más veo eso, más claro me parece; que muchas veces he creído diversas cosas que no podría claramente probar; y mayormente algo que sea general á todo el mundo. Si nos diéramos á preguntar á cada cual quién era su padre, cada cual nombraría á aquel que se figura que lo es; pero no lo sabría ciertamente, mas sólo por creencia.

—Bien está,—dijo él;—y mucho complace á quien arguye, que quien responde, no sólo le otorgue la conclusión, sino que la pruebe.

Estando en eso, pues, el espanto comenzó á pesarme, y, dudando aún de lo que veía, quise acercarme á él para besarle pies y manos.

—Aparta dijo él,—porque este cuerpo de que me ves cubierto, envoltura fantástica es y ni

podrías tocarlo ni ello fuera lícito. Aquel á quien tú solías servir y hacer reverencia y honor, convertido está en polvo.

Entonces salieron de mis ojos muy copiosas lágrimas y del corazón gemidos y suspiros grandes; las dolorosas heridas se me volvieron á abrir y crujieron todos mis huesos; y aquella hora fué más cruel para mí que aquella otra en que había pagado su débito á la naturaleza.

—No llores,—dijo él,—no estés triste, que de inútil remedio usarías. Por lo que respecta á mi interés, no debes llorar que convenientemente estoy, por gracia divina, y no querría volver al mundo para ser rey. Y por lo que á tí dice, menos llores aún, que si tu Señor perdiste, tan bueno y mejor lo has recobrado. El te sacará con honor de la cárcel en que estás y no sufrirá que se te haga entuerto; que muy justo y virtuoso es, y conocerá la mala intención de tus perseguidores; aunque, por tener que soportar á éstos, en razón á lo nuevo de su señoría, no te despachará tan pronto como tú quisieras y, en justicia, mereces. Y así bien le sirves, bien sabrá remunerarte. Pero es inútil que yo te hable tanto de él, que tú bien le conoces.

—Señor,—dije yo,—verdad es lo que me decís, y esa es la esperanza que en él tengo puesta. Mas no veo señales de ello.

—Común enfermedad es de hombres,—dijo él,—cree que lo que muchos desean no va á acontecer nunca; y que, cuando acontece, le parezca tarde.

—Con que venga algún día, Señor,—dije yo, daréme por contento; que pronto se hace lo que bien se hace. Cuanto al presente, no curo de ello demasiado; lo que al Señor Dios pluguiere, placeme há. Solamente, Señor, si no os enoja, os suplico que me digáis lo que el espíritu sea, y que me hagáis entender su inmortalidad, si eso es probable. Que estoy en ansia viva de saberlo, en razón á que jamás lo pude entender. Y vos me habéis dicho que habéis rendido aquél á Dios; señal que es alguna cosa inmortal.

—Tu conclusión,—dijo él,—es verdadera; y no me maravilla de que no lo puedas entender, porque comienzas queriendo especular sobre ello con agudeza. Nada hay en el mundo, por fácil que sea, que se vuelva difícil ó casi imposible, cuando no se quiere hacerlo.

—De buena gana, Señor, lo haría. Pero mi grosero ingenio no es suficiente para comprender materia tan alta, sin vuestra ayuda.

—Ahora, pues,—dijo él,—atienda diligentemente á lo que te diré.

»Muchos doctores de la Iglesia de Dios, filósofos, poetas y otros varones diligentes y devotos que trataron de esa materia, han hecho lo que han podido para dar á entender á los hombres del mundo, tanto por la palabra como por la escritura que cosa sea el espíritu ó alma. Porque, en el cuerpo humano, una misma cosa son. Pero, según la diversidad de oficios que esta alma ejerce, de varias maneras es nombrada. Porque, vivificando el cuerpo es llamada alma; y queriendo, voluntad; sabiendo, entendimiento; recordando, memoria; juzgando rectamente, razón; y inspirando, espíritu. Empero su esencia es única y simple. Y entendieronlo mucho mejor que no lo supieron explicar, ni yo tampoco, mientras esté cubierto de esa vestidura, que me ves llevar podría decir mucho más que lo que ellos dijeron. Porque, mientras no transcurra el tiempo que el Señor ha ordenado á mi penitencia, sujeto estoy en parte á los desfallecimientos de los mortales, ni mucho menos que si aun á la carne me viere sujeto. Tan sólo una cosa queda añadir y á decir ciertamente por lo que veo en mí mismo que, lo que los doctores de la Iglesia de Dios supieron

por revelación divina y por relación de muchos resucitados acerca del alma racional, es la verdad. Y muchos filósofos y poetas se han acercado bastante á esta verdad, en cuanto el ingenio humano puede comprender.

—Señor,—dije yo,—tanto sé ahora como antes sabía. No veo que ahora se haya acrecido mi saber, si no con vuestro testimonio.

—No es poco,—dijo él,—en negocio tan dudoso tener testimonio que deponga con ciencia cierta; mayormente cuando los concordantes con él son de toda excepción é irrecusables.

—Hacedme, pues, Señor, la merced de decirme lo que escribieron los tales doctores, y lo que vos sobre la cuestión experimentasteis directamente, á fin de que yo queda así mejor instruido.

Aquí bajó él los ojos, y con rostro casi airado, dijo.

—Poco fruto has de sacar de lo que yo te digo; porque no lo has de entender tampoco. Empero, válgate por lo que te valiere. Gran contienda fué, entre los antiguos filósofos, saber qué fuese el alma. Y dijo Nasica que era el corazón. Empedocles, que el alma. Dijeron otros que una parte del seso tenía el principio del alma. Otros que el lugar y silla del alma estaban en el corazón. Otros, en el seso. Zenón dijo que el alma era fuego. Aristóteles, armonía de sonidos. Jenócrates, número. Plato hizo en el alma triplicidad, lo principal de la cual, es decir, la razón, colocó en la cabeza y las otras dos partes, es decir, la ira y la cupidez quiso separar, colocando la ira en los pechos y la cupidez bajo las entrañas. Dicearito dijo que el alma no era nada y en vano hablaba el hombre de cosas animadas y de animales. Galeno dijo que el alma era complexión. Otros que era cuerpo. Aristóteles que después de Platón, es el que más se acerca á la verdad, de entre los nombrados, dijo que era *Entelequia*, vocablo griego que quiere decir continuado movimiento perdurable. Y cada uno de ellos se esforzó en probar su opinión como mejor pudo.

Empero los doctores de la Iglesia de Dios, los cuales han visto profunda y perfectamente en el negocio afirman todos aunque de manera diversa lo digan que el alma del hombre es creada por Dios substancia espiritual propia, vivificadora de un cuerpo, racional é inmortal y en bien y en mal convertible. Y sábete que ciertamente así es. Empero para que mejor lo entiendas, declarártelo he con gran brevedad.

Que el alma sea creada por Dios nadie que tenga razón lo ignora; porque toda cosa que tiene existencia, ó es criador ó es criatura. Pero ninguna criatura puede ser substancia creadora; porque toda cosa que tiene que tener substancia conviene que la tenga de Dios, sino la puede dar á las otras cosas; y si la tiene solamente para sí, señal que la ha recibido; ya que de otra manera sería creadora. No hay, pues, más remedio que otorgar que el Señor Dios la ha criado, que él crear puede las cosas mortales é inmortales.

Que el alma sea substancia espiritual, ¿quién puede negarlo? Todas las cosas corporales por tres líneas son contenidas, que son: longitud, latitud y profundidad. Y no se puede probar que estas líneas se encuentren en el cuerpo, pues, aunque mientras está acompañada del cuerpo soporta su carga, curiosamente entiende las opiniones sobre las cosas; en cosas celestiales profundamente piensa; las naturales con sutil investigación indaga; y de un mismo creador desea saber. Si fuese corporal, no podría, en esas meditaciones, contemplar cosas espirituales.

Que sea substancia propia es cosa clara, que es el propio espíritu y no otro espíritu quien re-

ciba la carne y se dueñe ó alegra de sus pasiones, que son odio, deseo, abominación, deleite, tristeza, esperanza, desesperación, temor, audacia, ira y mansedumbre.

Vivificadora es de su cuerpo; porque, así que esta cárcel le es dada, le ama con grande amor. Le ama, porque de ella no se ve libre. Fuertemente atormentada es por los dolores de aquél. Teme la propia muerte, aunque ella no pueda morir, según más adelante verás; y así es temerosa de la decadencia de su cuerpo, ya que de él es sostenida. Y ella, con los ojos del cuerpo, se deleita en ver bellas cosas; con las orejas, en oír melodías; con la nariz, en sentir placenteros olores; con el gusto, buenos sabores; con el tacto, cosas muellas, duras, ásperas y lisas tocar. Y aunque ella de esas cosas no se mantenga, cuando le son quitadas experimenta una gran tristeza de ello, deseándolas, no, naturalmente como provechosas ó placenteras á sí misma, más á su cuerpo; y á veces, por complacer á éste, peca. La vida, pues, del cuerpo es presencia del alma recibida por él; y la muerte es departamento de aquélla, la cual, mientras el cuerpo vive, está toda en todas sus partes, y en un lugar no es menor que en otro. Bien cierto es, sin embargo, que en un largo se tiene más flaca, en otro más ardientemente; pero á todo lugar del cuerpo se extiende y le da fuerza vital y nutrición competente, y no puede salir del cuerpo cuando quiere, ni permancecer en él cuando su creador le manda salir. Cuando le es ordenado quedarse, todas las puertas hallará cerradas. Luego se abren, cuando le es mandado lo contrario. Y cada día lo puedes ver, porque muchos hombres estarán terriblemente heridos y no morirán, y otros, por muy ligeras ocasiones, rendirán el alma.

Racional es, y no me figuro que nadie lo dude, siendo que trata de cosas divinas, sabe las humanas, aprende muchas artes y nobles disciplinas y sobrepasa en la razón á todos los animales. Concedido le es entender en meditaciones y con la lengua expresarlas. Puesto en el cuerpo ve muchas cosas y casi se extiende á todo lugar y del cuerpo no se departe. Se mueve y, corriendo en sí misma como en un gran espacio, discurre, y presenta así lo que con la meditación ve; y, dotada de razón, ha encontrado muchas diferentes figuras de letras, utilidad de diversas artes y disciplinas, ha ceñido las ciudades de muros, los frutos de la tierra mejoró, y, con la industria, discurre por las tierras y la mar, agujerea grandes montañas, fabrica puertos para utilidad de los navegantes y orna la tierra con muy hermosos edificios. ¿Cómo, pues, dudáramos de su razón, cuando, iluminada por su creador, hace visibles cosas tan maravillosas, obra de sus artes?

Es además el alma racional, inmortal. No creo que lo dudes.

—¿Cómo no dudarlo!—dije yo.—En probarlo estaría precisamente la maestría.

—¿Cómo!—dijo él.—¿No está aún bastante probado en mí, que vivo sin cuerpo?

—A fe mía, señor, por muy ignorante debéis tenerme si pensáis que firmemente yo creo que seais vos alma ó espíritu.

—¿Cómo es eso?—dijo él.—¿No me otorgas que existe el espíritu?

—Si otorgo; pero no que vive sin el cuerpo; así como el cuerpo no vive sin él; que, señor, por mucho que hayáis dicho no habéis probado en realidad, á mi juicio, por razones necesarias, sino por razón mezclada de fe que el espíritu del hombre sea inmortal; no veo razones evidentes que me lo hagan creer.

—¿Y quién te dará razones necesarias—dijo él—para probar cosas invisibles, en especial si

de ellas desconfías? No te olvides de que me has otorgado que muchas cosas debe creer el hombre que no ve.

—Verdad es, señor. Mas, ¿qué queréis que haga? ¿Voy á creer todo lo que se me diga?

—No, ciertamente. Pero debes creer lo que la mayor parte de la gente dice y cree. Y especialmente cuando se acerca mucho á la razón. Que en cualquiera cosa el otorgamiento de las gentes todas, virtud y fuerza tiene de ley de naturaleza.

—Dispuesto estaré á creerlo, señor, si me probáis que la mayor parte de la gente es de vuestra opinión.

Aquí se le serenó un poco el rostro, y dijo:

—Con autoridades primero de gentiles, judíos, cristianos y sarracenos, luego con razones y demostraciones, probarte he, tanto como me sea posible. La materia de difícil probar tenemos entre manos, sobre todo cuando el adversario no quiere otorgar lo que en general es admitido como razonable, que el alma racional vive sin el cuerpo y es inmortal.

—Grande gusto sacaré de ello, señor. Pero holgaráme si vuestra gracia quería hacerme merced de que las razones y demostraciones viniesen lo primero.

—Bien te entiendo—dijo él.—Tú dudas de ellas y, queriendo oírlas pronto, vienes á decirme que, en cuanto á las autoridades, ya las has leído. Pero yo tales te he de decir, que por ventura ignoras. Por ahora, si tengo razón, otórgamela.

—Haré, señor, lo que me ordenareis.

—Atiende, pues, con diligencia, y te diré algunas de las puestas por maestros de letras seculares, muy otros que teólogos.

«Nada hay en la naturaleza que recuerde las cosas pasadas y prevea las que han de venir, y pueda abrazar las presentes, las cuales no son divinas sino el alma racional; ni puede creerse que provenga sino de Dios; que todo lo que siente, sabe y vive, semejante es á Dios. Y como el alma racional siente, sabe y vive, síguese de ello que es parecida á Dios y, por consiguiente, inmortal. Pero hay más: toda substancia intelectual, por razón de ser separada, y no dependiente del cuerpo, es incorruptible; y todas las cosas simples y sin composición, como Dios, ángel y semejantes, son inmortales; porque privadas son de contrariedad, que es la causa de la corrupción, la cual sólo puede darse en las cosas compuestas. Pero el alma racional es simple, naturalmente, y sin composición; que de la nada la crea Dios; por consiguiente, es inmortal.

Aún hay más: ninguna forma se corrompe, si no es por la acción de su contrario, ó por corrupción de su sujeto, ó por desfallecimiento de causa. Por acción de su contrario: así es como el calor se destruye por la acción del frío. Por corrupción de su sujeto: así como destruido el ojo se destruye la potencia visual. Por desfallecimiento de causa: así como la claridad del aire cesa desfalleciendo la potencia del sol que era causa de aquella. Pero el alma humana no puede corromperse por la acción de su contrario, porque ninguna cosa le es contraria, ya que aquella, por medio del entendimiento posible, es conocedora y receptiva de todos los contrarios. Parecidamente, no puede corromperse por corrupción de su sujeto, ya que ella es forma independiente del cuerpo, ni por desfallecimiento de su causa, porque no puede ella tener otra que una causa eterna. No puede, por lo tanto, corromperse por causa alguna. Vemos, sin embargo, que, aunque el alma no se corrompa por la corrupción del cuerpo, su sér es debilitado por la debilitación de aquél; pero esto no acontece sino por accidente, y en cuanto el alma nece-

sita de órgano corporal; así es como la vista es debilitada, cuando su órgano se debilita; pero siempre por accidente. Y que esto sea así se muestra por la siguiente razón: porque si alguna debilitación viniese á aquella potencia en sí, jamás se separaría; y, sin embargo, vemos que, aunque la vista esté debilitada, si se restaura el órgano la virtud visual es restaurada. Y por eso el entendimiento, que es potencia del alma que no necesita de órgano, no se debilita ni por sí ni por accidente, por vejez ni por otra cualquiera debilitación del cuerpo. Porque debe advertirse que, si en la operación del entendimiento se dan fatiga ó empacho, esto no es por debilitación del entendimiento, sino de las fuerzas de las cuales necesita, es decir, de las potencias imaginativa, memorativa y cogitativa. Resulta, pues, que el entendimiento es incorruptible, y que lo es, por consiguiente, el alma humana, que es substancia intelectual.

Avancemos un poco más: Toda cosa que por sí misma se mueve, es eterna, porque nunca pierde su gobierno; y, por consiguiente, no cesa de moverse, que de otra suerte moriría, ya que no puede darse vida sin movimiento; y, de todas las cosas que son movidas, aquella es fuente y principio de movimiento. Y ya sabes que el principio no tiene nacimiento, porque de él nacen todas las cosas, y ella no puede nacer de ninguna, que si ella de otra fuese engendrada, no sería principio; y si no nace, menos muere, ya que, muerto el principio, ni de él nacería otro, ni se criaría. Por eso es necesario que del principio nazcan todas las cosas y que el principio del movimiento está en aquello que á sí mismo se mueve. Y aquella cosa no puede nacer ni morir, ó es necesario que toda criatura cese de moverse y que no alcance fuerza alguna por cuyo inicial impulso se mueve. Si, pues, no puede negarse que es eterna toda cosa que se mueve á sí misma, ¿quién podrá negar que esta naturaleza es dada al alma racional, que es movida, no por fuerza extraña, sino por la suya propia y que no puede acontecer que jamás quede desamparada de sí misma?

Aún más: el alma racional ha sido creada á fin de que constantemente entienda, ame y recuerde á Dios. Y si era mortal no realizaría sempiternalmente aquello para que ha sido creada; síguese, pues, que es inmortal. Pero cada día ves á hombres de buena vida sufrir pobreza, enfermedades, pérdidas y grandes persecuciones y morir de ellas. Hombres, en cambio, de mala vida, prosperan como quieren y jamás sufren adversidad. Si el alma de esos moría con el cuerpo, Dios sería muy injusto, porque no retribuiría á cada uno como se merece. Y, como es necesario que la justicia de Dios se ejerza, conviene que el alma racional viva después de la muerte corporal para que alguna vez tenga castigo ó premio, según su merecido. Si, pues, no lo tiene en vida del cuerpo, necesario es que después de ella lo tenga: á menos de otorgar que Dios es injusto, cosa imposible y muy lejana á la común opinión de los hombres. ¿Quiéres decir á esto algo, ó alguna se te queda adentro?

—Señor, nada os quiero decir ahora sino que reconozco que nos habéis hecho buena persuasión. Empero, algo de lo que me habéis dicho hay que, á mi juicio, á menos de que medie la fe, no se deduce tan necesariamente, que no pudiésemos razonablemente contradecirlas. En verdad, Señor, las cinco últimas me parecen mejor fundadas que las demás, y muy razonables y exentas de toda contradicción. Y presente tengo que aquella que comienza diciendo que toda cosa que á sí misma se mueve es eterna, pone Cicerón en su *Tuscula*.

—Verdad es—dijo él—y ya antes lo había puesto en el libro doce de la *República*. Y mucho antes lo había puesto Platón en el *Fedon*. Y si algo tienes que objetar á las otras razones, dílo.

—Muchas cosas, señor, podría decir: más bien conozco que, en fin de cuantos, habría labrado en la arena. La fe me induce á creer, aunque algún escrúpulo de duda me ocurra. Por satisfecho me doy. Vamos adelante. Recordad, si os place, Señor, que me habéis ofrecido citarme las autoridades.

—De buena gana—dijo él—¿más cuál te diré, que no puedas razonablemente contestar? En lo que, según me parece, encuentras gran gusto.

—Gusto—dijo yo—señor, salvo vuestro reverencia, no encuentro. Pero discutiendo y razonando bien las cosas es como se llega mejor al verdadero conocimiento de aquellas.

—Verdad es—dijo él—y, puesto que así es, abre bien las orejas, y si te acude alguna duda, habla como quieras.

«Job que, dando testimonio del Señor Dios, no tenía rival en la tierra, dijo:

«Infierno es mi casa y las tinieblas hicieronme la cama.»

«Empero, un poco después, como le volviese esperanza de liberación, añadió:

»Porque yo sé que mi redentor vive, y que el último día resucitaré de la tierra, y estaré nuevamente vestido con mi piel; y con mi carne veré á Dios, salvador mío.» Si Job tenía esta esperanza es porque no creía que su alma fuese mortal.»

—Señor, vos me habéis dicho que comenzaríais, por los gentiles y veo que habéis comenzado por los judíos. Os suplico que me digáis si es por olvido ó de intención.

—Yo comienzo,—dijo él—donde debo. Job no fué judío, antes fué gentil. Verdad es, fué del linaje de Esaú. Y lo he colocado el primero, porque entre los gentiles fué el mejor y dióse á profetizar claro y profundamente á Jesucristo, que vino después para reunir judíos y gentiles. Ve, pues, si merece el principado entre los suyos.

—Que sí, señor, que lo merece. Pero yo siempre había tenido la idea de que era judío, como que el Antiguo Testamento tiene tal reputación y veo que profetiza claramente la resurrección de los cuerpos humanos.

—¿Quiéres ahora saber—dijo él—que gentiles hayan profetizado? ¿Qué te parece de Balaam, la Sibila Eritea, de Virgilio y de Ovidio? Por sabido lo tienes, vamos adelante.

Ennio, poeta muy antiguo y dignamente famoso, dijo que muchos sabios antiguos, á los cuales se llamaban los Cantores, decían que, cuando el alma del cuerpo moría, el alma permanecía. Y, entre otras cosas que les inducían á creer esto había una que era el ver que el hombre de gran ingenio había ordenado el derecho pontifical y las ceremonias de las sepulturas; y no los hubieran observado ciertamente con tan gran cuidado, si en sus entendimientos no tuviesen por bien sabido que la muerte no destruye el alma, sino únicamente el cuerpo; y que la muerte no es otra cosa que mudanza ó traspasamiento de vida y camino que llevaba al cielo á los hombres y mujeres de vida virtuosa. Y por esta opinión, que fué seguida por los gentiles romanos, fueron muchos los que creyeron que Rómulo, Herodes, Liber, Castor y Polux y otros muchos habían subido al cielo después de su muerte.

Tulio, en la primera disputación de su *Tuscula*, dice que, cuando muere un hombre, no es cosa de que lo lloren sus amigos, porque piensen que ya nada queda de él, sino porque lo ven privado y destituido de bienes tempora-

les; que, si esta opinión no existiera, nadie le lloraría. Muy grande argumento es que, por la simple naturaleza llegue á juzgarse tales cosas de la inmortalidad del alma, porque eso de lo que ha de acontecer después de la muerte es negocio de que todo hombre cura con gran atención.

Suele el hombre plantar árboles, cuyo fruto no espera alcanzar. Ordena el sabio leyes y estatutos. ¿Qué te figuras pues que significa procreación de hijos, propagación de nombres, adopción de hijos, diligencia en dictar testamentos, edificación de sepulturas, sino reflexión de cosas que han de acontecer después de la muerte?

Escogidos son entre los hombres aquéllos que imaginan que son nacidos para ayudar, defender y conservar los otros. No puedo creer que nadie por la cosa pública hubiese aceptado la muerte. Si creyese que su nombre acaba con la vida, ni que, sin esperanza de inmortalidad, expusiera nadie á muerte su cuerpo por la patria. Ni que acudiese á mente humana el pronosticar ó adivinar las cosas de los siglos por venir. Y mayormente en los grandes ingenios y altas fortalezas; qué, si aquella creencia fuese arrebatada ¿quién sería tan loco que incessantemente viviera en trabajos y grandes peligros, como hacer suelen los príncipes terrenales? ¿Y qué me dirás de los poetas y sùtiles mecánicos? ¿No quieren ser ennoblecidos después de su muerte? ¿Y los filósofos, en los libros que escriben, no poner sus nombres, para ser ennoblecidos después de la muerte? Es verdad, que la mayor parte de entre ellos lo han hecho así.

Si pues, otorgamiento de todos es voz de naturaleza, y todos aceptan que hay algo que permanece después de la muerte, debemos también nosotros otorgarlo. Creencia general humana es que Dios existe, y por naturaleza sola ya se le conoce; análogamente ocurre con la inmortalidad del alma. Creamos, pues, que es así y nos alejemos de lo que comunmente es aceptado.

Esquides, filósofo muy antiguo de la Siria, fué el primero en decir que las almas eran sempiternas. Y esta opinión fué seguida por Pitágoras, su discípulo, el cual alcanzó tal autoridad, que no otros sino él y sus discípulos fueron en mucho tiempo tenidos por sabios. Platón vino á Italia, en donde entonces florecían los discípulos pitagóricos, á fin de verlos y de ellos aprender. Y la primera cosa que oyó fué la inmortalidad de las almas, idea que, no sólo aceptó, sino que dió razones por las cuales aparecía que debían de ser inmortales, algunas de las cuales razones has oído hace poco. Aristóteles, tuvo expresamente, según lo antes dicho, las almas por inmortales. Diógenes creyó firmemente y dijo que las almas eran inmortales y que subían al cielo, si durante su permanencia en el cuerpo habían cumplido en bien obrar.

Lelio, cuando supo la muerte de Publio Scipión Africano, su amigo cordial, dijo á Scévola: «Si yo negase que me dolía la muerte de Scipión, mentiría: que daño me hace el verme destituido de amigo tal, que según creo no ha habido ni habrá otro igual en el mundo. Pero no necesito de consuelos; yo mismo me consuelo y especialmente con esta medicina: que no existe en mí aquel error de muchos hombres, que se atormentan á sí mismos con la muerte de sus amigos, creyendo que las almas de éstos habrán con el cuerpo fenecido ó estarán conocidos. Yo no pienso que mal alguno haya acontecido á Scipión, porque virtuosamente ha vivido. Si hay daño, el dañado soy yo. Y ser grandemente turbado por el daño propio, no es cosa de amigo, sino de amante de sí propio.»

«Palabras en las cuales puede conocer su creencia en la inmortalidad de las almas.

»Y opinión análoga tenía el ya mentado Scipión, el cual por tres días antes de que muriese, discutió largamente sobre regimiento de la cosa pública; discusión cuya última parte versó sobre la inmortalidad de las almas; y él repitió lo que su padre Publio Scipión le había dicho sobre esta inmortalidad, cuando, luego de su muerte, se le apareció en un sueño que hizo, sueño que recita Tulio en el libro de la República y Petrarca parecidamente en *Africa*. La exposición del cual, acuérdate, hecha por Macrobio, te presté en Mallorca, recomendándote que lo estudiases diligentemente, para que luego pudiésemos sobre ello partir.

—Verdad es, señor,—dijo yo,—prosigamos si os place, que bien recuerdo eso, y el tiempo es corto.

—Sócrates—dijo él—luego que fué condenado á muerte porque no creía en la pluralidad de los dioses, el último día de su vida dijo muy buenas razones probando la inmortalidad del alma. Y, como tuviese en la mano el veneno que había de beber, dijo que no era cierto que moría, sino que subía al cielo. Porque las almas que salen del cuerpo podían tomar dos caminos: uno, de privación de la sociedad de los dioses; y esto era cuando se había vivido en el cuerpo viviciosamente y se había violado la cosa pública y cometido muchos fraudes. Y otro camino era de regreso á los dioses, de los cuales el alma era ya venido; y esto era cuando había vivido el cuerpo castamente y, alejándose de los vicios, se había asemejado á los dioses.

Catón, queriendo esquivar las manos del César, después de la muerte de Pompeyo, se mata en Utica; pero, claramente entendiendo que las almas eran inmortales, antes de que procediera á matarse, leyó el libro de Platón sobre la inmortalidad del alma, para morir con mayor fortaleza en su valor.

«Valerio Máximo dijo en diversos lugares y firmemente profesó la inmortalidad: bien lo sabes tú, que bien familiar te es.

—Verdad es, señor, que lo ha dicho. Pero no me parece evidente que lo creyere.

—¿Cómo así? ¿Qué te induce á sospecha?

—Lo que dijo de aquellos franceses que, creyendo que las almas no morían prestaban dinero á condición de que se lo devolvieran en el infierno. A los cuales trata de orates, porque creían lo que Pitágoras había creído sobre la tal inmortalidad.

—No me parece—dijo él—que por haber dicho esas palabras creyese lo contrario; no lo dice con el fin que tú te figuras. Bien es verdad que él, viendo lo difícil que es probar la inmortalidad sobredicha, dijo que si Pitágoras no le hubiesen dicho, á todos los que afirman aquella opinión tendría por orates, porque la cosa no se puede probar con evidencia. Y algunos ineptos creen lo contrario. Pero no dice que él no la crea, antes en muchos pasajes de sus libros veo que trata de la inmortalidad. ¿Y no te acuerdas si dice de Julio César, que aquellos que le dieron muerte queriendo alejarlo del número de los humanos, le hubieran mandado á la sociedad de los dioses? ¿Y no dijo de Cástor y Polux, que, después de su muerte, si combatieron alguna vez de la parte de los Romanos, contra sus enemigos? De creer que las almas morían con los cuerpos, no hubiera dicho cosa semejante.

«Marco Catón dice á Scipión y Lelio: «No puedo creer que nuestros padres, los cuales, mientras vivieron fueron varones muy insignes y grandes amigos míos hayan muerto, sino que viven aquella vida que es la única que

puede llamarse vida. Porque, mientras vivimos encerrados en los cuerpos, condenados nos vemos á necesaria servitud, porque, como el alma es celestial y le han lanzado del cielo á la tierra, muy oprimido vive en el cuerpo. Mas tened por cierto, que los dioses inmortales han esparcido las almas en los humanos cuerpos, para que hubiese quien defendiese las tierras y contemplase el orden de las cosas celestiales: y se les pareciese en la manera de vivir y en la constancia. Y no solamente razón y discursos me inducen á creer estos, más también la nobleza y autoridad de los soberanos Filósofos que lo han afirmado, y especialmente de Pitágoras y sus discípulos quien tuvieron la creencia de que las almas eran divinas é inmortales.

De Virgilio, Séneca, Ovidio, Horacio, Lucrecio, Stacio, Juvenel, y muchos otros poetas te dirían lo que han escrito; pero estos ya te son familiares. Recordártelos sería así como empujar con la mano nave que buen viento lleva.

«Y, pues, ya te he dicho las autoridades y citas de los gentiles que me han acudido ahora, y que á mi juicio puedan ser de gran utilidad, tiempo es que cite algunos de los judíos sobre la inmortalidad dicha.

«Moisés, narrando, con espíritu de profecía la creación del mundo, testifica que nuestro Señor Dios dijo: «Hagamos el hombre á imagen y semejanza nuestra» Y así fué hecho. Si pues á imagen y semejanza suya lo hizo ¿quién se atrevería á decir que lo hiciese mortal? No podemos creer que lo dijese del cuerpo, el cual, como vemos, muere. Natural es que lo dijere del alma tan solo. De otra suerte la divina palabra faltaría de verdad; ya que de ninguna manera podría ser imagen ó semejanza suya, si no fuese inmortal como él, que es eternamente vivo, y todo lo contiene y todo lo dispone. Y, como inmortal que es, sin duda puede hacer cosas inmortales. Y si atiendes bien á la creación del mundo, encontrarás que únicamente del hombre Nuestro Señor Dios dijo: «Hagamos»; que de todo lo demás dijo: «Sea hecho». Y si aquel fué hecho así, con deliberación de la Santa Trinidad, ya puedes figurarte que le dió una dignidad mayor que á las otras cosas que había creado.

«Jacob, cuando sus hijos le dijeron que unas fieras habían devorado á su hijo José, hermano de ellos, dijo: «Al infierno he de bajar llorando á mi hijo.» Si, pues, debía llorar en el infierno, es que creía que las almas eran inmortales.

Saul dijo á una hembra pitonisa que le hiciese resucitar á Samuel, que estaba muerto. Y así aconteció, y habló con él. Y Samuel le dijo que al día siguiente moriría con sus hijos y estarían con él. Y así se siguió, como fué dicho.

Algunos empero afirman que no se le apareció el alma de Samuel, sino un diablo en su forma. Otros dicen que sí. Séa como quiera, la Sagrada Escritura dice que Samuel se le apareció. La historia está largamente contada en el primer libro de los Reyes, hacia al fin; digótela superficialmente. Y ella podrá ver si las almas viven después de la muerte corporal.

«Elías hizo resucitar un mancebo muerto á ruegos de la madre que lloraba, según se testifica en el primer libro de los Reyes. Y dicen los judíos que este mancebo fué Jonás, profeta.

«Por virtud de los huesos de Eliseo, muerto y enterrado, resucitó y se puso en pie un hombre que los ladrones habían muerto y echado en el sepulcro del dicho Eliseo, incontinenti que hubo tocado los huesos de aquél, si el Cuarto libro de los Reyes dice verdad. Considera, pues, si las almas de éstos morirían con la carne.

David, soberano profeta, sabiendo claramen-